

Mayo 20, 1947.

A Raquel y Juan,  
con una amistad y una  
admiraación que se ha  
hecho, más y más, cercano

51

Perplejidad Augusto María Delfino  
XX-III-LV

El hombre piensa, brutalmente, cómplice de sí mismo en la idea <sup>com</sup> en que se reboja: "Así ven las bestias al matadero". Así: con este color animal que su memo, aferrada al bazo desnudo de la mujer, siente en esta piel que tantas noches lo tuvo desvelado, al recordarla: así, con su carne tranquila. Andan en silencio por la oscura sombra de la "cortada", junto al muro de viejos ladrillos, en busca del lugar que hicieron suyo por la costumbre de ocupar lo muchas noches. Otras parejas conversan, ya deteniéndose, ya apoyados en el paredón. En las ceras de enfrente, la hora de la comida ha retirado vecinos de puertas y ventanas: sólo queda, parada en su umbral, la solista roma que escudriña, amigra; la muchacha satisfecha con las corricios que sorprende, la que imagina diálogos y, mentalmente, responde por las mujeres que niegan, o retarda, en un juego de todos sus nervios, el gesto suado de lo que sucede.

El hombre ha dejado de andar. Ha saltado el bazo de la mujer, que avanza sólo unos pasos y, sonriendo, retrocede. Cuando ve cerca a él, el hombre la contempla queriendo verla como la imaginó anoche, después de cargar el revólver, pero advierte que no era así. Ella tenía en los pupilos la expresión de un desprecio franco, como el que le deformó los labios cuando está con el otro y lo recuerda. No era esta confida

sonríe, este ingenioso gesto sospechable de amor, el que le reveló su fantasía, tan intuitiva como un ruiseñor.

— Me había equivocado de sitio — dice ella —. No vi la marca del nuestro, este agujero...

— Este agujero — dice él, que acerca el rostro a la parte del muro en que falta un ladrillo. Mira hacia adentro de la quinta abandonada: los altos yujos, los árboles y la casa no son sino sombras.

— ¿Qué estás mirando? — pregunta la mujer. El hombre no responde. ¿Cómo decirle que la busca a ella entre las sombras de la quinta, esperando que ella aparezca no como un coche, con el desprecio en los ojos, sino con cierta dulzura que no tuvo nunca, con una dulzura que le vuelve

El hombre introduce la mano en el bolsillo del saco. Empuña el revólver. Aguarda un momento, porque la mujer puede con acercarse la nunca con la mano abierta, con los dedos colidos y tranquilizadores. "¡Accrícame!", grito, sin palabras, <sup>mudo,</sup> el deseo del que todavía puede cambiar, pero la mujer no lo obedece, ~~pro~~ <sup>y lo</sup> interroga:

— ¿Qué haces? ¿Estar loco?